

EMILIA PARDO BAZÁN, LA CREACIÓN DE LA FIGURA PÚBLICA EN EL ESPACIO PRIVADO DE LA CARTA

Dolores Thion Soriano-Mollá
Université de Pau et des Pays de L'adour
lola.thion@univ-pau.fr

El epistolario de Emilia Pardo Bazán representa, al menos hasta la fecha, el caso más singular de una escritora de finales del XIX y principios del XX que va creando su identidad autorial en un proceso de afirmación profesional, el cual conlleva dificultades y rupturas aproximadamente entre 1873 y 1921. Y ello a pesar del sesgo unilateral que predomina en el corpus conservado. Los avatares de la historia han hecho que pervivan sobre todo las cartas remitidas por doña Emilia, que numerosos investigadores han ido rescatando de fondos de archivos, públicos y privados. Las cartas que ella recibió, si no es leyenda lo de la célebre quema que mandó hacer Carmen Polo de Franco al tomar posesión del Pazo de Meirás, siguen la mayoría en paradero desconocido. [363](#)

Entre los rasgos que caracterizan el epistolario de doña Emilia podríamos sintetizar brevemente los siguientes: el carácter unilateral con numerosas «cartas de» y escasas «cartas a» la escritora, el carácter eminentemente masculino de sus corresponsales —a excepción del epistolario de Blanca de los Ríos—, el sesgo profesional de sus corresponsales, la mayoría figuras públicas de horizontes variados: escritores, periodistas, intelectuales, editores, políticos, militares y científicos; en general, miembros de las élites gallegas y nacionales; el carácter parcial, discontinuo y fragmentario de los distintos intercambios, a tenor de los viajes de la escritora y de sus estancias en su Galicia natal, y el carácter incompleto de las mismas cuando se entrecruzaban con entrevistas personales o telefónicas. Al igual que otros epistolarios, el de Emilia Pardo Bazán es de naturaleza parcial y un tanto accidental. Nunca podemos garantizar que estamos ante una corpus ni estable, ni completo. A

pesar de todas estas cortapisas y limitaciones, nuestro propósito ofrecer algunas calas sobre cómo se fue configurado su identidad profesional como figura pública, paradójicamente, en el espacio de la carta privada, en especial al inicio de su carrera.

En el presente de Emilia Pardo Bazán la comunicación epistolar obedecía a la tradición aristócrata y burguesa con una codificación textual y material rigurosa, sobre todo cuando se trataba de intercambios en los que participaba una mujer. Los avances técnicos, las transformaciones socioculturales y económicas fueron modificando usos y costumbres en las instituciones, los gremios y las clases sociales (GUILLÉN, 1991; HAROCHE-BOUZINAC, 1995; LE GUILLOU, 1991; TRUEBA, 1996). En las cartas oficiales, los billetes, las tarjetas de visita, las fotografías personalizadas o las postales, el estilo epistolar fue distanciándose del discurso clásico en el que se había perseguido tanto la hondura del pensamiento como la belleza de la forma. Poco a poco el estilo se hizo más individual y menos codificado en formas y temas. Así, se acortaban las distancias entre lo escrito y la vida personal y privada de los correspondientes, sus centros de interés y la necesidad de formar parte de un círculo, de un grupo o de una profesión con la que tiene que comunicar.

Desde temprano Emilia Pardo Bazán se distanció de los manuales de correspondencia y de los códigos femeninos para afirmar su personalidad y su estilo, así como de las consideraciones que los géneros autobiográficos suscitaban en España. ¿Cuántas veces se han repetido aquellos clichés sobre la escasa predilección de los españoles a convertirse en centro de atención y relatar aspectos de su vida privada?

Afán de ostentación, falta de pudor, arrogancia e incluso insolencia. Estos eran los rasgos que en nuestra sociedad se atribuían a aquello que hablaban de sí mismos o que divulgaban las intimidades de sus vidas privadas, bajo pretexto de realizar ejercicios de introspección, los cuales se juzgaban de mala educación. Sin embargo, con el espíritu de independencia que

caracterizaba a Emilia Pardo, a la que Giner calificaba de «Seigné española», la escritora observaba que: «Ni debe considerarse alarde vanidoso hablar de sí mismo, siempre que se haga oportunamente, observando moderación, no ultrajando la modestia y procurando la sinceridad» (PARDO BAZÁN, 1973: 698). Ella que consideraba a las mujeres especialmente auto psicólogas otorgó singular importancia a la correspondencia desde un punto de vista literario y humano.

Aunque la carta, por ser género menor en estrecho contacto con la realidad y por los supuestos criterios de sinceridad y verdad que la fundamentan, había merecido poca atención en los estudios literarios, doña Emilia apostó desde temprano por su reconocimiento como modelo singular de escritura autobiográfica. La singularidad de la carta reside en ser un ejercicio práctico al servicio de la construcción de sí mismo y del otro, un *sermo absentium per litteras* dirigido a uno o varios destinatarios, los cuales descubrirán su contenido en espacio distinto y tiempo diferido. La carta no es, sin embargo, totalmente unilateral ya que genera respuestas y nuevos intercambios en los receptores, los cuales pueden prolongar estas conversaciones aplazadas. La carta es un diálogo en forma de soliloquio o de monólogo en el que un locutor informa, expone, aconseja, muestra, oculta o sugiere (VIALA, 1981: 168), y ello influye en la representación de la propia identidad personal y en la imagen que de ella se quiere fraguar en los demás.

Emilia Pardo Bazán estaba convencida de que el epistolario podía hacer las veces de espejo en el que queda reflejado un individuo «en espíritu y en verdad», por ser «revelación franca de una psicología» (PARDO BAZÁN, 17-1-1919). Desde un punto de vista literario observaba, a raíz de la publicación de *Lope de Vega Carpio según su nueva biografía* de Cayetano Alberto de la Barrera, que el epistolario facilita *a posteriori* una especie de radiografía interna del escritor y ayuda a comprender los entresijos de su vida que influyen y elucidan sus obras, con lo cual se evita «la hipócrita falsificación de la historia» (PARDO BAZÁN, 17-I-1919). Ahora bien, no se habla del

mismo modo de sí mismo a un extraño o a un familiar, a una amistad profesional o una íntima, ni en determinados contextos a un hombre o a una mujer. La naturaleza de los epistolarios generan sustanciales diferencias, pero, en general, la persona que guarda una carta lo hace por el interés que la otra persona suscita, incluso en los casos de coleccionismo. Si los corresponsales conservaron cartas de doña Emilia es porque la escritora logró afirmar su identidad autorial y ganarse el reconocimiento del público. No obstante, cuando observamos quienes correspondieron con la escritora y favorecieron el que ahora podamos disponer de sus epístolas: Narcís Oller, Clarín, Menéndez Pelayo, Teodoro Llorente, Emilio Ferrari, José Yxart, Narcís Oller, José Lázaro Galdiano, Benito Pérez Galdós, Luis López Ballesteros se puede intuir que con la mayoría de estas personas, en general, mantuvo una relación que oscila de neutra a de estrecha amistad.

Dada la riqueza y densidad del corpus; elijamos en el breve espacio del que disponemos, un somero examen de algunos aspectos paratextuales y textuales en las primeras cartas remitidas por la escritora. Bastaría con echar un primer vistazo a los paratextos, la *dispositio* y la *elocutio* del epistolario de doña Emilia para comprobar que el uso que Emilia Pardo Bazán hacía del *ars rētorica*, con sus fórmulas de cortesía, de saludo y de despedida, son un espejo de la imagen de Emilia Pardo Bazán, el cual, da cuenta de manera bastante ajustada del tipo de relaciones que ella mantuvo y cómo fueron evolucionando.

Las cartas de las primeras etapas de su vida reflejan ese proceso de forja de la identidad y de consolidación de su reconocimiento. Las relaciones de sociabilidad que ella establece se basaban en un trato que, aunque fuese institucional, era cordial.

Las fórmulas de cortesía, fieles al decoro, suelen variar según el tipo de relaciones y la connivencia existente con su corresponsal (THION, 2005b). A Segismundo Moret le consideraba a «Mi ilustre amigo y presidente» (Carta del 30-9-1897, THION, 2003: 78), cuando

Emilia Pardo le escribía en relación con sus conferencias en la Sección de Literatura del Ateneo; a José Ortega Munilla, director de *La Hoja del Lunes* y después de *El Imparcial*, le enviaba «Querido director y amigo» (THION, 2014a); incluso a Santiago de Alba, a quién se dirigía en términos bastante formales contestaba a sus misivas con «Mi distinguido amigo». ³⁶⁴ No obstante, sus maneras habituales son las que utiliza, por ejemplo, cuando se dirige a Castelar: ‘Mi querido amigo» (OSBORNE, 1964: 137). Los ejemplos citados son todos de personalidades representativas y los asuntos de sus cartas, profesionales. No podemos, no obstante, dejar de recordar los célebres «Miquiño mío» y «Mí ratón» de las cartas a Galdós (BRAVO VILLASANTE, 1962: 109) o «Mi queridísimo y glorioso padre intelectual» a las de Ramón de Campoamor (FUENTE BALLESTEROS, 1993: 667).

De manera homóloga, las fórmulas de despedida que la escritora solía utilizar fueron variando su amplio elenco y ajustando el repertorio a la distancia o la cercanía o con sus corresponsales: del riguroso besamanos «q.b.s.m.» dirigido a los desconocidos, el diplomático «De usted siempre afectuosa amiga» que dirigía a Alba, ³⁶⁵ al «gracias nuevamente, y felicitación de su amiga» que remitía a Castelar, los más frescos y espontáneos: «Hasta pronto, que iré a verle y abrazarle su invariable, Emilia», con el que se despedía de Campoamor o las ricas declinaciones con las que cerraba sus cartas a Blanca de los Ríos y su marido Vicente de Lampérez, como ya estudiamos en otro lugar (FREIRE Y THION, 2016).

Cuando el rigor lo exigía, como por ejemplo al dirigirse a personalidades más distantes, Emilia Pardo Bazán respetaba los códigos sociales. Con el ceremonioso «Cher maître» se dirigía, por ejemplo, a Edmond de Goncourt y con su educada despedida «Agréez mes salutations bien affectueuses» (GONZÁLEZ-ARIAS, 1989: 440) o con el reverencioso «Chère et illustre» o el distante «Madame» con los que iniciaba sus misivas cuando de nada conocía, siguiendo las costumbres francesas (THION, 2005a). Sin embargo, Emilia Pardo siempre prefirió allanar fronteras y dar a la

carta el calor humano que ella consideraba necesario, ajustándose a los fines perseguidos con su misiva y el contenido de la misma. No es de extrañar, pues, que al dirigirse a la reina María Cristina de Habsburgo la escritora justificase el tratamiento y el tono de su epístola:

Señora,

Ruego a V. M. se digne perdonarme si al dirigirla esta carta omito alguna de las fórmulas prescritas por la costumbre y la tradición. Mi falta será de ignorancia, y ni al claro entendimiento de VM se ocultará su origen, ni su bondad tardará en absolverla. (SIMÓN PALMER, 1998: 36-37)

Valgan estas pequeñas muestras del repertorio de fórmulas de cortesía que la escritora dirigía a notorias figuras públicas, lo que da cierto alcance de la presencia de la escritura en las esferas públicas aunque fuese desde la privacidad epistolar y de cómo ella perfila la imagen de su identidad. La gran mayoría de sus corresponsables españoles formaban parte de sus círculos de sociabilidad en el pequeño Madrid de entresiglos y forzosamente compartieron alguna velada o la celebración de algún evento en círculos privados o públicos. En general, Doña Emilia perfeccionó en que las relaciones entre ella, la dama, y aquellos ilustres caballeros fuese, si no franca, al menos directas y llanas. Ahora bien, en este trato que ella hubiese deseado entre iguales, signo de una aceptación firme de la mujer; la sencillez de las fórmulas podían ser a veces una manera estratégica de acortar distancias para ir imponerse como profesional y como mujer. Así, por ejemplo, en las series de cartas dirigidas por o a una misma persona, los cambios rápidos de fórmulas y de tono atestiguan la rapidez con que la escritora allanaba el terreno para mostrar, en general, cercanía y afecto. Si se lo pudo permitir es porque con el tiempo logró superar las barreras de la vida profesional y lograr que se la reconociese como mujer escritora, como periodista y como intelectual. Empero, estos paratextos, cuya importancia es harto elocuente, y, que podrían hoy hacernos vislumbrar la buena integración de la escritora en una vida pública

predominantemente masculina y su reconocida autoridad, solo reflejan la realidad parcialmente.

Emilia Pardo Bazán siempre permaneció alerta al tipo de relación y a la imagen que transmitía de manera indirecta en sus cartas. Esta aflora tan solo en los documentos privados en que ella podía expandirse libremente, confiarse un poco, aunque nunca sin trabas, ya que siempre sospechó de la fiabilidad del sistema postal y, abiertamente, desconfió de las indiscreciones de los carteros, sobre todo de los gallegos que se ocupaban de su correo durante sus estancias en Meirás, porque sabía que le abrían las cartas. [366](#) Adentrémonos ahora por los textos e intentemos profundizar en algunas calas que contribuyeron a forjar y fijar su identidad de escritora.

Las primeras cartas que de Emilia Pardo Bazán conocemos son relativamente tempranas, prácticamente desde el mismo momento en que empezaba a asomar a la vida pública: a presentarse a certámenes poéticos y a firmar algunas contribuciones en la prensa a mediados de la década de los 70. Sobresale en ellas el hecho de que sus correspondientes son una vez más masculinos. Ciertamente es que el ámbito femenino de la época era visto por las esferas masculinas, como un páramo desierto y la joven Emilia, una excepción, aun cuando no sea ello más que una imagen distorsionada de la realidad, tal y como han demostrado los estudios realizados en las últimas décadas.

Fue gracias al apoyo y estímulo de sus amigos krausistas, en especial Giner de los Ríos quienes la alentaron a escribir, y para ella, tras su primera maternidad, el estudio y la creación literaria ejercieron funciones casi terapéuticas (THION, 2014b). La correspondencia que a ellos dirigió confirma la importancia que para ella tenía la amistad entre pares sin diferencias de sexos. De Giner ofrecía, de manera exclusiva, la imagen del hermano espiritual, cuando doña Emilia le notifica:

Vd dice que yo no me preocupo de la condición moral de las gentes: ello será así; pero lo cierto es que en V, si algo me atrae, si algo me domina, es justamente lo que V. se

figura que yo desprecio. Porque hay muchos hombres que son como V. inteligentes, espirituales, cultos, y aún afectuosos; pero *ese bien –querer* especial de V. es cosa que no encontré más que en mi hermano del alma. (Carta a Francisco Giner de los Ríos del 27-12-1880, VARELA, 2001: 439)

Relaciones también exclusivas mantuvo después con Galdós, Lázaro Galdiano o Unamuno y con ellos conversó, gozando de «el hermoso ideal del cariño desinteresado entre personas de distinto sexo» (Carta a Francisco Giner de los Ríos del 27-12-1880, VARELA, 2001: 439) porque, prosigue la escritora en su carta a Giner rebelándose contra los prejuicios: «A mí me ha irritado siempre la vulgar preocupación que declara imposible tal género de afecto. Por dignidad del sexo femenino, por dignidad del linaje humano...» (Carta a Francisco Giner de los Ríos del 27-12-1880, VARELA, 2001: 439).

En aquellos primeros años de su carrera, entre 1875-1880, la escritora no tardó en abrirse paso, con sus poesías y sus artículos sobre Feijoo, Darwin, Milton, Tasso y la ciencia en la prensa gallega. Y en especial, con la salida de su primera novela, *Pascual López* (1879) y la fundación de la *Revista de Galicia* (1880). Con ella le llovieron propuestas junto con el apoyo de aquellas personalidades a quienes invitó a colaborar. Un testimonio singular de este periodo nos lo ofrece el epistolario que la escritora regaló a Antonio Romero Ortiz y que fue publicado por Ana María Freire (FREIRE, 1991). Nos interesa porque se compone de 56 autógrafos a la escritora, los que ella seleccionó y regaló a su amigo coleccionista, probablemente en 1884. Emilia Pardo Bazán perfiló en él la imagen que ella quería dar de sí misma en este especial periodo de fragua de su identidad autoral.

El recorrido del epistolario publicado bajo el título de *Cartas inéditas a Emilia Pardo Bazán* pone de manifiesto en la que ella se reconoció o la que ella quiso dejar: una imagen amable, enérgica y altamente positiva de sus cualidades de sabia erudita y brillante periodista, novelistas y poeta con la que se desmarcaba de sus coetáneas durante los primeros años de afianzamiento como

escritora. Todos los autógrafos de este epistolario inicial son elogiosos y unánimemente reconocen la inteligencia, la curiosidad intelectual, el buen saber hacer en variadas disciplinas, incluso en la traducción del gallego, como ensalzaba Eduardo Pondal en 1878:

Mi muy distinguida y simpática amiga: quien así interpreta los sentimientos de los demás, ciertamente posee un talento y una penetración no comunes. La traducción que V. ha hecho de mis efímeras poesías no sólo expresan perfectamente el espíritu de que están animadas, sino que (me complazco en decirlo) sobrepujan al original; pues me hace decir cosas que he sentido quizás, pero que no he podido decir por hallar insuficiente la palabra (FREIRE, 1991: 21);

y en particular, su tesón: «Es usted incansable en el trabajo, y creo que no solo a ese sino a otros muchos proyectos ha de dar usted cumplida cima. Bien lo necesita la Ciencia española», consignaba Marcelino Menéndez Pelayo en 1880, antes de que sus relaciones se enfriasen (FREIRE, 1991: 63).

Algunos periodistas y escritores fueron dando entonces a conocer su nombre, a aconsejar sus obras y proponer sus contribuciones en la prensa, lo cual, aceleró la creación de sus redes profesionales y de sociabilidad. Así lo hizo Ventura Ruiz de la Vega cuando le pidió que enviase un ejemplar de su primera novela *Pascual López* a Víctor Balaguer, entonces director de *La Mañana*, para que publicase algunos párrafos de su contenido (FREIRE, 1991: 69); o cuando el célebre periodista Luis Alfonso le rogaba que se pusiese en contacto con Narciso Oller e intercambiase con él un ejemplar de *Un viaje de novios*. Era ya 1882 y probablemente todo ello nació de la propia iniciativa de la escritora, quien forzosamente había tenido que recurrir a la solicitud de apoyos entre sus futuros compañeros de letras. Obvio es que EPB fue una mujer emprendedora, según traslucen estas cartas. De hecho, al año siguiente, Juan Armada y Losada se preciaba de que la escritora ya mandase sus trabajos a la redacción de los periódicos «en que haya que publicarse, directamente, dado que los trabajos tuyos, recibidos por todos con grandísimo gusto, aparecen siempre sin que haya menester el refuerzo de las recomendaciones» (FREIRE, 1991: 116).

En menos de cinco años, doña Emilia logró crear una identidad propia, como «mujer superior, cuya comunicación eleva y cultiva el espíritu», le declaraba su amigo Jesús Muráis (FREIRE, 1991: 73), y también como artista: «Soy de los primeros y más vehementes admiradores de sus escritos» (FREIRE, 1991: 108) le notificaba Galdós. Otros fueron más vehementes, a imagen del poeta andaluz Francisco Díaz Carmona, poco antes de que publicase la escritora *La Cuestión palpitante* (1883): «Hace mucho que la conozco a usted y la guardo en mi corazón la estima y admiración que merece. Antes de que escribiera usted las obras que han hecho su nombre universal y popular, ya la conocía yo a usted y adivinaba tras la aurora naciente el espléndido sol de mediodía» (FREIRE, 1991: 108-109).

La galantería ante la dama y el respeto ante la atípica escritora se entrecruzaban en las epístolas de muchos de sus corresponsales. Todos le ofrecían especial trato mientras seguían desairando a otras y «varias señoras» (FREIRE, 1991: 108-109) por no atender sus solicitudes; algunos que con el tiempo fueron buenos amigos, a EPB se subordinaban. Es lo que ocurre en la misiva, a modo de panegírico, que le remite de Teodoro Llorente, en la que este le confesaba que seguía sus pasos:

... desde este otro extremo de la península española, trocándose las vivas simpatías que me inspiraron sus primeros escritos en ferviente admiración por sus últimas obras. ¡Dichosa usted que ha recibido del cielo tan clara inteligencia y tan delicado sentimiento artístico, y a la vez la venturosa posición que permite dedicar la vida a estos trabajos del espíritu! (FREIRE, 1991: 142)

De este epistolario se puede inferir que la escritora afirmó su identidad como tal merced al reconocimiento de la originalidad y calidad de sus obras, de sus estudios críticos y de sus contribuciones en las primeras cabeceras de la prensa. En este aspecto, aunque las «cartas a» del epistolario con el que obsequió a Antonio Romero Ortíz fueron objeto de su selección, no cabe la menor duda de que ella quiso transmitir ese legado como signo distintivo personal de una escritora de primera fila, no tanto por los

rasgos de su carácter y temperamento, como por la calidad de su producción. Cierto es Doña Emilia supo elegir a sus padrinos, prologuistas de sus prosas y sus corresponsales. Cierto es también que pudo elegir buenas editoriales, primeras cabeceras para la prensa, como años después escogió a primeros actores y primeros teatros para sus creaciones dramáticas. No encontró grandes dificultades para ello, salvo en este último género mucho más proclive a los gustos de la burguesía y más limitadas por su naturaleza empresarial; lo cual corrobora que la pluma de Doña Emilia, como mujer singular y muy distinta de sus coetáneas, era leída. Hay que reconocer, sin embargo, que la imagen que ella construye de sí misma con los autógrafos que regala es, en parte, un espejismo, la de un mundo ideal en el que parece existir armonía y concordia entre hombres y mujeres; un mundo en el que todos le rindieron pleitesía desde que salieron a la luz sus primeras novelas y en el que las obras, una vez publicadas, se valían por sí mismas y adquirirían notable reconocimiento sin guardar relación con el sexo y la condición de aquellas que les dio vida. Ella era, en definitiva, «la primera entre las escritoras contemporáneas españolas» (FREIRE, 1991: 148) —en palabras del director de *Las Delicias*, Ricardo Fernández de Miranda—, «la escogida perla del mundo literario: ¡qué gloria para Galicia!» (FREIRE, 1991: 154), tal y como la lisonjeaba Emilia Calé.

La nombradía, como cualquier moneda, tiene su reverso. Harto conocidos son los ataques que Emilia Pardo Bazán recibió, los calificativos que circularon, las sátiras y caricaturas de las que fue objeto, a menudo, injustos y crueles. Ahora bien, a diferencia de los elogios, éstos no se fundamentaban en la calidad artística ni en la agudeza ni la hondura intelectual de su obra, ni siquiera en una especial sensibilidad ni en la originalidad textual. Lo curioso es que el ataque se realizaba en términos de diferencia y de alteridad, porque además del orgullo, la soberbia y la cursilería de la escritora, predominaba su imagen masculina, en tanto que atípica muestra de artista con ínfulas de hombre, de energía y pluma varoniles, una

marimacho «que no tiene sentido común, además de ser una cursilona empaquetada» (carta de Marcelino Menéndez Pelayo a Juan Valera del 23-7-1891, *Epistolario*, 1946: 434), una «Lope con pantalones», cuando no «puta».

Cierto es, que tan pronto se afianzó su identidad de brillante mujer escritora, de autora sin par entre las otras literatas femeninas, y tan pronto se le reconoció cierta autoridad y ejerció cierto poder, aparecieron de manera frontal las desavenencias, las polémicas y los acérrimos enemigos. Eran los primeros signos de que Emilia Pardo Bazán había logrado introducirse de manera visible en la esfera pública de las letras españolas. Recordemos su presencia cada vez mayor como conferenciante, por ejemplo, en el Ateneo de Madrid y como periodista en las mejores cabeceras nacionales. A partir de entonces, los verdaderos amigos y los detractores no tardaron en manifestarse.

La identidad autoral no podía, para algunos de ellos, salirse de los moldes esperados de una mujer, aún más cuando se atrevía a introducir en España el Naturalismo francés o a pintar escenas de supuesta inmoralidad en sus novelas, por su barbarie y crueldad — v. gr. *Los Pazos de Ulloa* (1886), *La Madre Naturaleza* (1887)—, o por su solapada sensualidad —*Insolación* (1889)—. La curiosidad y el oportunismo intelectual, la prudente libertad y la original creatividad de doña Emilia acabaron suscitando envidias. Cuanto más sincera o incluso desgarradora es la información que a este respecto aflora en la correspondencia, mayor tono confidencial nos ofrece las misivas que ella dirige a los más allegados amigos. Aunque las cartas en esta línea están dispersas, recordemos como botón de muestra, la voz reticente y acerada de Leopoldo Alas Clarín, cuyas relaciones con la escritora ya han sido objeto de varios estudios (DAVIS, 1971; SOTELO, 2002; PENAS, 2003). El crítico ovetense, quien antes la consideró «mi muy distinguida amiga» y se reiteraba de ella «su admirador y sincero amigo» en 1883 (FREIRE, 1991: 144), tras haber reconocido la valía de la escritora, no escatimó ocasión en sus críticas y paliques para lanzar sus dardos

contra aquella «jamona» con atraso de caricias. Esto ocurría en 1890, cuando ella había contribuido a fundar *La España Moderna* con su amigo José Lázaro Galdiano y se enfrentó con Leopoldo Alas Clarín por no haber reseñado una de sus novelas, tal y como se le había encargado; motivo por el cual Lázaro dio por finalizadas las colaboraciones de Alas en su prestigiosa revista. No hemos llegado a saber si realmente fue doña Emilia la única agitadora pues ya tiempo atrás le hacía saber Lázaro a Clarín que: «Hay mucha gente que tiene empeño en que no admita nada de Usted y gente gorda» (RODRÍGUEZ-MOÑINO, 2001: 48), pero sobre ella recayó la responsabilidad. Sus relaciones humanas y literarias fueron difíciles tal vez porque Emilia Pardo Bazán y Clarín nunca llegaron a conocerse personalmente y porque diferían en sus sensibilidades estéticas.

No permaneció muda la escritora en los círculos privados, y la intimidad y complicidad que la carta privada estimulan: «Los ladridos furiosos del can», con el que ella animalizaba a su «ennemi des plus acharnés, qui me persécute de la façon la plus ridiculement odieuse... Vous devinez, n'est-ce pas? » (Carta de Emilia Pardo Bazán à Isaac Pavlovsky, 6-VI-[1886], THION, 2004: 132), según se refería a él en su carta a Pavlovsky, reaparecía cuando recordaba la animadversión de Clarín y sus ataques en la prensa. En estos casos, el perfil fuerte de la mujer luchadora dominaba y en su cartas: «Veremos qué resulta de todo este cotarro y cómo lo toma el astur», cuando urdía sus respuestas y dictaba sus directivas a José Lázaro:

Advertencias sobre Clarín.

Que no deje el folletista de recordar una vez que Clarín escribió en *El Madrid Cómico* un largo artículo contra Sánchez Bregua, ... Registrar la colección de *Madrid Cómico*. Debió de ser en 92 ó 91.

Como sabe francés Clarín: su constancia en llamar **chauvinistas** (que significa **calvinistas**) á los que llaman en Francia **chauvins**, o sea ultra-patriotas (quizás **patrioteros**).

De su campaña contra mí y contra Manuel del Palacio puede decirse mucho consultando textos, los *Paliques* del *Madrid Cómico*.

En sus *Ensayos y Revistas* trata muy mal a Silvela, de quien dice que es «incorrecto e impropio en el lenguaje.» (Carta a José Lázaro Galdiano del 18-10-1894, THION: 2003, 123)

Cuando falleció Clarín la escritora volvía a utilizar sus acuñadas imágenes del mismo: «con Clarín se nos muere un pedazo, un resto de juventud... ¿Quién nos desgarrará como aquel perro?» (Carta a Emilio Ferrari del 26-7-1901, MARTÍNEZ CACHERO, 1947: 256) y mientras hacía el balance de lo que fue su efímera amistad, el espontáneo soliloquio en el que transmite su sentir y su pensar a Blanca de los Ríos no tiene desperdicio como ejemplo de aquella auto psicología con la que ella singularizaba a las mujeres:

Mire usted que yo pasé cuatro o seis años de mi vida sin que un solo instante dejasen de resonar en mis oídos los ladridos furiosos del can. Y ni por esas. Hay quien cree que por esas. Yo no lo creo. Clarín tenía mucha vara alta con los barateros menudos de la crítica. Lo que él censuraba (?) no se atrevían ya a aplaudirlo infinitos periódicos y muchachos. No cabe duda que, para resistir a esa piqueta, algo de solidez habrá. Esto es parte a infundir algún orgullo, y en este sentido, Clarín sí nos hizo bien. (Carta a Emilio Ferrari del 26-7-1901, MARTÍNEZ CACHERO, 1947: 256)

No solía desarrollar una actitud de víctima como mujer y profesional. Era demasiado orgullosa para ello y tenía demasiado tesón, pero cuando pensó necesitar protección abiertamente la solicitó como se puede observar en su anterior carta a Lázaro. Ante la inminente salida del artículo *Feminismo* de Leopoldo Alas, temerosa de que contuviese alusiones a su persona, recordaba también a Ortega Manilla en 1897:

Ya una vez he debido a V. la atención de que entendiese que los colaboradores del *Imparcial* no deben atacarse unos á otros en el *Imparcial* mismo, y no quisiese prestarse a ello. Ruego a V. que ahora me dispense la misma consideración, fijándose en ese artículo y procediendo como estime conveniente. No atribuyo importancia á los ataques en sí, pero los atribuyo, y muy grande, a que los publique el *Imparcial*, donde tantos años hace colaboro y a quien tengo cariño, deseando que este cariño sea pagado y que ni el periódico ni su director quieran darme un disgusto, ante el público, me es disgusto doble. (Carta a José Ortega Munilla, 28-10-1897, THION, 2014a)

Por paradójico que resulte, muchas mujeres fueron sus más terribles enemigas, aunque ella nunca perdiese ocasión para cambiar sus derechos y libertades y las animase a valorar su capacidad, su valía intelectual y a asumir responsabilidades. Esa fue su propia línea de conducta. Obsérvese hasta qué punto se muestra combativa con su amigo Ortega Munilla cuando no se le publica un artículo en *El Imparcial* en 1889:

Yo estaría en mi estricto derecho si reclamase al Imparcial el precio del artículo que me hizo escribir para no darle cabida. No he ido á ofrecerlo; se me ha pedido; me lo ha pedido V. persona autorizada para ello, y por consiguiente no he pecado de oficiosa al enviarlo y tenía motivo para suponer que no sufriría la suerte que ha corrido. Creo que mi firma valga tanto como la del Sr. Lafuente, lo cual no me parece ninguna exorbitante pretensión; y si por cualquier causa no les convenía a Vds. el artículo, con haberlo dicho á tiempo, á vuelta de correo, sin perder su actualidad yo le hubiera buscado salida acomodada. Repito que no encuentro explicación, que no me lastime, á este procedimiento, y que tengo motivo para decir que el Imparcial ha quedado pésimamente conmigo. (Carta a José Ortega Munilla, 7-8-1889, THION, 2014a)

Doña Emilia fue fiel cómplice de sus amigas, creó un clima de confianza transmitiendo el sabio consejo y el apoyo moral, como hizo con Blanca de los Ríos o con la Reina María Cristina de Habsburgo, a quien le alentaba en sus altas responsabilidades y aplaudía su capacidad para «acomodarse con delicada presencia a las imposiciones del régimen constitucional (SIMÓN PALMER, 1998: 133-136).

Otras facetas distintas nos muestran aquellas cartas de la escritora en escenarios en los que carecía de la nombradía ya labrada. El decoro lo exigía. Ante desconocidos y en el extranjero, la identidad y valía de la escritora tenían que quedar documentadas, de modo que tuvo seguramente que presentarse con mayor rigor y prolijidad de detalles que lo hubiese hecho un hombre. Como agente literario de Lázaro, el perfil que la escritora diseñaba de sí misma se fundamentaba en la exposición de su saber y de su experiencia a modo de autojustificación. Su carta a Madame Bashkirtseff en 1891 nos ofrece el testimonio siguiente:

Madame,

(..) Je suis un écrivain très connu (sic) chez moi, et mon but est d'écrire une étude sur le Journal de Mademoiselle votre fille, qui a titre de femme illustre et de femme russe, attire ma curiosité et rentre dans la petite spécialité que je me suis faite, de parler aux espagnols de la littérature russe, sur laquelle j'ai fait trois conférences l'année de 1887, conférences qui viennent d'être traduites à l'anglais, aux Etats Unis, et de paraître en volume par Madame Kate Gardiner. Je vous donne tous ces détails, Madame, afin de vous rassurer et vous faire comprendre que ce n'est pas un curiosité vulgaire que la mienne à propos de votre fille. (Carta del 12-1-1891, THION, 2005a: 381)

También supo sacar partido con astucia de la transida condición femenina, para protegerse, ajustar cuentas o vengarse, en general con notable ironía. En estos términos respondía, por ejemplo, a Santiago Alba:

Me pide usted un pensamiento para el número extraordinario de *El Universo*. Con gusto se lo enviaría, pero me lo impide el temor de que, una vez enviado, se acuerden de que soy mujer, y no le den cabida en la publicación.

La experiencia nos hace muy recelosos

De usted affma amiga. (Carta al Marqués de Pidal, s. f., en prensa)

Las mayores dificultades, y estas sí las reflejan las cartas más íntimas, las encontró la escritora para afirmar su personalidad como intelectual y autoridad pública, facetas vedadas a la mujer identidad en el seno de las instituciones culturales de la época, tales como la Academia, el Ateneo o la misma Universidad. Las intrigas, las conspiraciones, las conjuraciones, las negociaciones y las diatribas que causaron sus intentos de entrar a la Academia, de ser socia de número del mismo, y, en particular, de presidir la Sección de Literatura de tan honorable casa o la de acceder a la universidad como catedrática son de singular interés porque nos desvelan los entresijos y los rasgos de la personalidad que habían conseguido construir e imponer su identidad de escritora. La mujer en vivo, con sus flaquezas y dudas, con sus emociones y desengaños, son facetas que ilustran la correspondencia que la escritora mantuvo con sus más allegados amigos, como Blanca de los Ríos, José Lázaro Galdiano, y Unamuno, pero estas son ya otras facetas de la

identidad pública de la EPB como figura intelectual y gestora cultural. De ellas, siempre descuella su perfil humano.

Emilia Pardo Bazán nunca se arredró; hizo alarde de entereza y de altura de miras y optimismo incluso en la derrota, que no era sino para ella victoria aplazada. De todo ellos nos ofrece interesante síntesis uno de sus intercambios epistolares con Unamuno, en el que se percibe la inteligencia y lucidez de la escritora que tanto tuvo que pergeñar por ser un nuevo lucero, si no astro, en el panorama literario español:

Sr. Dn. Miguel de Unamuno

Hoy sábado

Mi querido amigo:

recibo su epístola y la Conferencia; la recorro enseguida, con el interés que V. puede adivinar, y me apresuro a manifestarle lo que entiendo.

La Conferencia, si yo la leyese, parecería algo combinado para dar zarpazos a los Doctores. Así lo interpretarían. Si la lee otro, sólo verán en ella sus protestas de V. y eso ya no se presta a malicias, aunque lo discutan.

Yo necesito resguardarme, por la mancha de pecado original de ser mujer. He visto prácticamente que por el menor resquicio me ponen que no tiene el diablo por donde asirme. Creerían en una venganza meditada contra los catedráticos que votaron en contra mía; en alusiones, en arañazos, de V.

Ya sabe V. con qué espontaneidad me ofrecí para lectora. En esto y en todo deseo mostrarle mi sincera amistad. No contaba con la huésped de que V. tiene que respirar por la herida, y se figurarán que respiraba yo también.

¿Conviene tal respiración? En mi caso, de ningún modo. No sería estético. Mujeres enfurecidas, hacen reír.

Cuajan en mí los años gran serenidad de carácter. Y, además no puedo quejarme: lo difícil que es para nosotras todo, hace más valioso cualquier pequeño triunfo.

En V. es distinto. No sé por cual camino iría V. mejor, pero desde luego, si toma V. la actitud que le dicta su convicción, no cabe aconsejarle otra.

Volviendo a la Conferencia, ¿quiere V. que le busque otro lector? ¿Quién sería el preferido de V.?

Mucho siento este percance. Suponía una conferencia menos intencionada.

Y séame permitido decir a V., a quien tanto estimo, algo de mi cátedra, que el Rey ha firmado ayer, según dice la prensa.

Primero, que no la he intrigado, ni poco, ni mucho. Burell es amigo mío, pero como lo son otros varios políticos (y algunos lo son más socialmente hablando) que no concibieron ni la posibilidad de innovación semejante. Su amigo de V, Bergamín, dio vueltas (aparentemente) a la idea, pero creo que ni un momento la cuajó. Canalejas si que iba a hacerlo, cuando le mataron. Conservo su telegrama, fecha 1 de Noviembre de 1912.

Segundo. Que si la hubiese intrigado, es decir, si hubiese hablado a estos y a aquellos, tal vez tuviese en el Claustro mayoría. Tuve ocho votos a favor y en realidad nueve, pues Hurtado, el de Literatura, hizo saber su voto favorable, pero no podía constar.

Hay quien hasta me censura por no haber pedido votos. Ello es que no los pedí.

Tercero, Que nada material consigo con la Cátedra. Es una aspiración puramente ideal. Yo me entiendo y Dios me entiende.

Veremos cómo terminan los ejercicios de la Srta. Mena. Somos cinco en el Tribunal y hemos de pesar, entre 20 opositores, merecimientos para 7 cátedras o escuelas. Y por mí, todo irá según la justicia que se me alcance. Tengo recomendaciones formidables. Pero no salvarán a nadie, si no se salva él.

Cariñosos recuerdos a su oísllo, y créame su amiga verdadera.

Emilia (RODRÍGUEZ GUERRA, 2000: 445-446)

La correspondencia de Emilia Pardo Bazán es vivo testimonio de las vicisitudes a las que la escritora tuvo que hacer frente para afirmar su identidad autorial y hacer que esta se reconociese públicamente. Aunque siempre se adaptó al contexto comunicativo y al destinatario de sus cartas, su composición es de gran originalidad creativa, espontánea y oral, lo que la convierte en lectura aún hoy amena.

BIBLIOGRAFÍA

- BRAVO VILLASANTE, Carmen (1963 y 1973). *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán. Correspondencia amorosa con Pérez Galdós*, Madrid: Revista de Occidente; Editorial Magisterio Español.
- (1975). *Emilia Pardo Bazán. Cartas a Benito Pérez Galdós (1889-1890)*, Madrid: Turner.
- DAVIS, G. (1971). «The literary relations of Clarín and Emilia Pardo Bazán». *Hispanic Review* 39, 4, october, 378-394.
- FREIRE LÓPEZ, Ana M.^a y Dolores THION SORIANO-MOLLÁ (2016). *Cartas de buena amistad: Blanca de los Ríos y Emilia Pardo Bazán*, Madrid Frankfurt: Ed. Iberoamericana-Vervuet.
- FREIRE LÓPEZ, Ana M.^a (1991). *Cartas inéditas a Emilia Pardo Bazán (1878-1883)*, La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa.
- FUENTE BALLESTEROS, Ricardo de la (1993). «Algunas cartas dirigidas a Campoamor (Mesonero Romanos, Zorrilla, Pardo Bazán, Vico y Clarín)». *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos* 142, 663-681.
- GONZÁLEZ-ARIAS, Francisca (1989). «Emilia Pardo Bazán y los hermanos Goncourt: afinidades y resonancias». *Bulletin Hispanique* 91, 2, 409-446.
- GUILLÉN, Claudio (1991). «Al borde la literariedad: literatura y epistolariedad». *Tropelía* 2, 71-92.
- HAROCHE-BOUZINAC, Geneviève (1995). *L'épistolarité*, Paris: Hachette.
- LE GUILLOU, Loïc (1991). «Epistolarité et Histoire littéraire», *L'épistolarité à travers les siècles*. Mireille Bossis et Charles Porter. Stuttgart: Franz Steiner, 97-115.
- MARTÍNEZ CACHERO, José María (1947). «La Condesa de Pardo Bazán escribe a su tocayo, el poeta Ferrari (ocho cartas inéditas de doña Emilia)». *Revista Bibliográfica y Documental* I, 249-256.
- OSBORNE, Robert E. (1964). *Emilia Pardo Bazán*. México: Studium.
- PARDO BAZÁN, Emilia (17-1-1919). «Crónica de España», *La Nación*, p. 3.
- (1973). «Apuntes autobiográficos», *Los Pazos de Ulloa* (1886), Barcelona, Daniel Cortezo, in Harry Kirby (1973). *Obras completas de Emilia Pardo Bazán*, III, Madrid, Aguilar.
- PENAS, Ermitas (2003). *Clarín, crítico de Emilia Pardo Bazán*, Santiago de Compostela: Universidad de Santiago.
- REAL SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO (1947). *Epistolario de Juan Valera y Marcelino Menéndez Pelayo, 1877-1905*, Madrid: Espasa Calpe.
- RODRÍGUEZ GUERRA, Alexandre (2000). *Epistolario galego de Miguel de Unamuno*, Santiago de Compostela: Centro Ramón Piñeiro.
- RODRÍGUEZ-MOÑINO, Antonio (2001). *Clarín y Lázaro. Noticias de unas relaciones literarias*, Madrid: Fundación Lázaro Galdiano: Ollero y Ramos.
- SIMÓN PALMER, Carmen (1998). «Carta inédita de Emilia Pardo Bazán a Cristina de Habsburgo», *Grial* 36-37, pp. 133-136.

- SINOVAS MATÉ, Juliana (ed.) (1999). *Emilia Pardo Bazán. La obra periodística completa en La Nación de Buenos Aires (1879-1921)*. Coruña: Diputación Provincial de A Coruña.
- SOTELO VÁZQUEZ, Marisa (2002). «Clarín y Emilia Pardo Bazán», A. Vilanova y A. Sotelo Vázquez (eds.). *Leopoldo Alas "Clarín"». Actas del Simposio Internacional* (Barcelona, abril de 2001), Barcelona: Universitat de Barcelona, 161-185.
- (2006). «Más noticias sobre el epistolario entre Emilia Pardo Bazán y Luis López Ballesteros, director de *El Imparcial* (1906-1915)». *La Tribuna* 4: 203-213.
- THION SORIANO-MOLLÁ, Dolores (2003). *José Lázaro Galdiano y Emilia Pardo Bazán, de los lances de amor a la aventura cultural*. Madrid: Ollero y Ramos, Fundación Lázaro Galdiano.
- (2004). «Amistades literarias. Doce cartas inéditas de Emilia Pardo Bazán e Isaac Pavlovsky». *La Tribuna* 1, enero, 65-102.
- (2005a). «Emilia Pardo Bazán en los negocios culturales de José Lázaro Galdiano: el curioso caso de María Bashkirtseff», *Lectora, Heroína y autora (La mujer en la literatura española del siglo XIX, III^{er} Congreso de la Sociedad de Literatura Española del siglo XIX* (Barcelona, octubre de 2002), Barcelona: Universitat de Barcelona, 369-382.
- (2005b). «Epistolario de Emilia Pardo Bazán: estado de la cuestión», *Emilia Pardo Bazán: estado de la cuestión*. En José Manuel González Herrán, Cristina Patiño, Ermitas Penas Varela (eds.), La Coruña: Casa-Museo Emilia Pardo Bazán, Fundación Caixa Galicia, 181-220.
- (2009). «Cuando Emilia Pardo Bazán habla a su director: *El Imparcial* (1883-1921)», *Literatura hispánica y prensa periódica*, en Javier Serrano Alonso y Amparo de Juan Bolufer (coord.), Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 295-310.
- (2014a). «Hacia el periodismo moderno: diez cartas de Emilia Pardo Bazán a José Ortega Munilla (*El Imparcial* y *La Hoja del Lunes*)». *El Argonauta*, <http://argonauta.revues.org/1588>; ISSN electrónico 1765-2901.
- (2014b). «La forja de una periodista: Emilia Pardo Bazán». *Escritoras españolas en los medios de la prensa (1868-1936)*, Carmen Servén y Margarita Bernard (ed.), 349-372, Sevilla: Renacimiento.
- TRUEBA LAWAND, Jamile (1996). *El arte epistolar en el renacimiento español*, Madrid: Támesis.
- VARELA, José Luis (2001). «Emilia Pardo Bazán. Epistolario a Francisco Giner de los Ríos». *Boletín de la Real Academia de la Historia* 198 (septiembre-diciembre), cuaderno II: 327-390 y cuaderno III: 439-506.
- VIALA, Alain (1981). «La genèse des formes épistolaires en français». *Revue de Littérature Comparée* 2, 168-183.

NOTAS

- [363] Disponemos de dos epistolarios de «cartas a», pero como son fruto de las colecciones que regaló la escritora a coleccionistas, se observa en ellas la selección de la escritora y el homogéneo trato amable en sus contenidos. Véase: (FREIRE, 1991) y (THION, 2005b). El segundo epistolario de 'Carta a' está en la actualidad en preparación por Ana María Freire y la autora de este estudio.
- [364] Carta de Emilia Pardo Bazán, inédita, de próxima publicación por la autora de este trabajo.
- [365] Carta de Emilia Pardo Bazán, inédita, de próxima publicación por la autora de este trabajo.
- [366] En ocasiones alguien añadía « La Puta » en los sobres de sus cartas.